

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, setiembre de 1956

Núm. 1051

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

El drama de Maquerón

(Carta de Cayo a Tulio)

EN vez de idilios y pastorales, voy a contarte un tremendo drama trágico.

Recordarás, supongo, al Profeta Juan, que acusaba públicamente de adulterio y de incesto al rey Herodes, y que fué llevado preso a Maquerón hace un año. El castigo pareció insuficiente a Herodías, pero disimuló su resentimiento y aplazó su venganza.

Ahora bien, queriendo el rey, la semana última, celebrar el aniversario de su nacimiento, la reina pidió que las fiestas tuvieran lugar en el castillo de Maquerón

Los altos funcionarios del Estado, los principales oficiales del ejército y los de las guarniciones romanas fueron invitados, y yo acudí a la invitación, aunque se trataba de una larga caminata de dos días a caballo.

El país, por todo extremo pintoresco, está lleno de recuerdos de la prodigiosa historia del pueblo judío, y lo salvaje y fríste de la naturaleza parece ilustrar, por decirlo así, los sucesos que allí se desarrollaron. Es el marco que les conviene.

Las montañas tienen el aspecto de construcciones diabólicas, y están cortadas por simas profundas, abiertas en el granito, costeadas por grutas misteriosas, de las que emana el horror del crimen y del castigo.

Los israelistas recorrieron aquellas agrestes alturas cuando iban a conquistar la tierra prometida y allí paseó Josué sus batallones victoriosos, persiguiendo a los moabitas.

En el horizonte se yergue el monte Nebo que vió morir a Moisés. En aquellas cumbres se erigieron altares sucesivamente a Baal y a Jehová, y cuando los hijos de Israel fueron arrastrados en cautividad a Babilonia, lo mismo que a su regreso, tuvieron que cruzar estas formidables montañas.

El camino me fué penoso el segundo día, porque tuve que afrontar una terrible tempestad de agua, granizo y truenos, y ya estábamos transidos de frío y calados hasta los huesos, cuando por fin, a la hora del crepúsculo, vimos delante de nosotros los almenados muros de Maquerón.

Nos alojaron en un ala del castillo que domina un profundo barranco, en cuyo fondo ruje un torrente, cuyas aguas van a perderse en el mar Muerto.

Gracias a la hendidura que esas aguas han abierto en la montaña, veíamos a lo lejos un pedazo de aquel mar extraordinario, que parece de plomo fundido.

Nos instaló Chusa, intendente del rey, quien me presentó a su muje, Joanna, la cual me pidió noticias de Jesús de Nazaret. La dije lo que sabía, y ella me escuchó con gran interés, concluyendo por confesarme que creía que el Profeta era el Mesías prometido.

Chusa me enseñó después el castillo y sus dependencias. Maquerón es una residencia verdaderamente regia, aunque lúgubre y sombría.

Después de visitar las habitaciones abiertas al público, entramos en la torre del homenaje, construcción pesada y maciza, coronada de un parapeto, y que sirve de cárcel, siendo al mismo tiempo la parte más temible de las fortificaciones.

—¿Tenéis prisioneros? pregunté al intendente.

—Muchos, me dijo; la mayor parte son ladrones y asesinos, pero el más famoso es el llamado el Profeta.

—¿Qué Profeta?

—Juan el Bautista, que se dice precursor del Mesías, y es un hombre asombroso.

—¿No podría verle?

—Aquí tenéis precisamente su calabozo: entrad.

El soldado abrió la puerta, y entré en el sombrío recinto, iluminado por un solo rayo de luz que caía de una alta tronera. Pero de la sombra salían dos luces, semejantes a dos carbones ardientes; son los ojos del Profeta sentado en el suelo a la manera oriental.

Púsose en pie al vernos, y dijo:

—¿Me traéis al fin la muerte?

—No, respondió Chusa: os traigo un centurión romano, que visita el castillo y desea conoceros.

El Profeta clavó en mí sus penetrantes ojos.

—He conocido, dijo, a Cornelio, el

centurión de Cafarnaum, y os le parecéis.

—Es mi pariente, repliqué.

—Si os asemejáis a él en lo moral como en lo físico, sois un hombre honrado.

—Pero mi pariente no ha sido nunca discípulo vuestro.

—¡Oh, no! Pero vino una vez a oírme, a orillas del Jordán, y las preguntas que me dirigió me probaron que busca la verdad de buena fe.

—¿Habéis predicado mucho?

—Lo suficiente para cumplir con mi deber, pero al Rey le ha parecido que era demasiado.

—¿Qué haríais si os pusieran en libertad?

—Me volvería a presentar delante de él, y le repetiría las palabras que no quiere oír: «*Non licet*. Lo que habéis hecho, señor, es un crimen». Y eso lo proclamaría en público.

—¿Para qué? ¿Esperáis acaso vencerle?

—No; pero conviene que todo el mundo sepa que la ley de Jehová es la misma para todos y que lo que en los humildes es un mal, en los grandes y en en los reyes es un crimen.

—¿Qué edad tenéis?

—Treinta y tres años.

—¿Por qué os obstináis, siendo tan joven, en cortar vuestra carrera, y en interrumpir una predicación que podría ser tan útil para vuestros compatriotas?

—Mi misión ha concluído. Yo no era más que un precursor del Mesías, que el mundo espera desde cuarenta siglos. Ya ha venido y ha empezado a predicar. Se ha dado a conocer, se ha presentado a las muchedumbres, y éstas me han abandonado para seguirle. Así debía de ser, y estoy satisfecho. No temo a la muerte: la espero. He cesado de ser útil.

—No se muere a vuestra edad, le dije saludándole y dirigiéndome hacia la puerta, y espero veros muy pronto en Galilea.

—No me veréis más. Id más bien a visitar a Jesús de Nazaret, que es el cordero de Dios, es decir, la gran víctima cuya sangre va a borrar los pecados del mundo. Ese es el verdadero Profeta de la nueva Ley. Yo soy uno de los últimos representantes de lo que fué el pueblo de Dios, que va a morir conmigo; y se fundará otro reino del que será Soberano Jesús de Nazaret, Rey de los Reyes. Llegará el día en

que vuestra Roma será castigada como Jerusalén, y se convertirá en Sede de un Imperio que eclipsará al de Augusto.

Hallábame ya fuera de la celda del prisionero, y pensé que deliraba. Sus ojos centelleantes, parecían clavados en un lejano punto imaginario. El intendente cerró la puerta, y yo volví a mis habitaciones.

Por la noche se celebró el banquete que no tengo tiempo de describirte, y que terminó de tan trágica manera.

Se nos habían servido los manjares más raros y los vinos más exquisitos, cuando se abrió una de las puertas de la sala y entró una bailarina.

Este es el espectáculo que no dejan nunca los reyes de Oriente de ofrecer a sus convidados, y que siempre gusta mucho. Pero esta vez la bailarina merecía particular interés, porque no era una profesional, una almea egipcia, sino una princesa judía: Salomé, la propia hija de Herodías.

La música no valía mucho, pero la bailarina era seductora, y provocó gran entusiasmo.

Excitado por sus copiosas libaciones, el rey deliraba.

Mandó acercarse a la hermosa Salomé para manifestarle su admiración, y la dijo en voz alta, como Asuero a Ester: «pedirme cuanto queráis, y os lo daré, aunque sea la mitad de mi reino».

Salomé consultó a su madre y vol-

vió a decir al rey: «dadme en este mismo instante en una bandeja, la cabeza de Juan Bautista».

Los convidados extranjeros no fueron dueños de ocultar su estupefacción.

El rey palideció, pero no tardó en comprender que por boca de Salomé hablaba Herodías, y que el poderío de aquella mujer superaba al suyo.

Hizo una seña al servidor que estaba en pie detrás de su asiento, y que salió de la sala.

Pocos minutos después regresó, llevando en una bandeja de ágata la ensangrentada cabeza del profeta.

Salomé la recibió de sus manos, e inclinándose, risueña, delante de Herodes, se alejó llevando el horrible regalo a su madre, más horrible todavía.

Cuando volví a mis habitaciones, el banquete degeneraba en orgía.

Ya ves, mi querido Tulio, que el rey Herodes es digno de los Césares. Verdad es que se educó en Roma. Y es un producto de la civilización romana. ¿Te acuerdas que Fulvia se divirtió traspasando la lengua de Cicerón con un alfiler cuando Antonio se la hizo entregar? Pues bien; de la misma manera se ha divertido Herodías con la cabeza del profeta Juan, el Bautista.

Adiós.

23 diciembre, 781. - Magdalia.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Y dijo a sus discípulos:

«Por eso os digo que no os acongojéis por la vida, sobre qué habéis de comer, ni por el cuerpo, sobre qué habéis de vestir. Considerad las aves que no siembran, ni siegan, ni tienen despensa ni granero y Dios las sustenta. ¿Cuánto más valeis vosotros que las aves?»

«Porque todas esas cosas las buscan las gentes del mundo: pero ya sabe vuestro padre que tenéis necesidad de ellas».

Excesiva preocupación por las cosas humanas.

Vivimos preocupados en demasía por la materia. Y pensamos poco en que estamos aquí para otros fines más altos.

Toda nuestra inquietud, nuestra obsesión, nuestra ambición, es la vida humana, y sin embargo, no debe ser ésta nuestra mayor preocupación. Bien está el ocuparnos de atender a nuestras necesidades y las de nuestra familia, pero no nos debemos de exceder en esas inquietudes, llegando a ser en nosotros una obsesión, sino que poniendo todos los medios a nuestro alcance, pensar que Dios vela por nosotros y no habrá de desampararnos, si ponemos nuestra buena voluntad y nuestro trabajo para lograr los medios humanos de subsistencia.

Estamos en un mundo muy provisionalmente. Tan de paso que al llegar los últimos años de nuestra vida, si ésta no se

acorta por que Dios lo quiera así, al encontrarnos viejos y muy cerca del final de nuestra jornada humana, vemos tan rápido el paso de los años, que parece fué ayer cuando la infancia de nuestra vida nos empezaba a llevar por los caminos del mundo. Y pasaron los años, tan aprisa, tan rápidos, que vemos entonces claro la desproporción de nuestras inquietudes por las cosas humanas.

Dediquemos algo de tiempo a lo principal. El espíritu requiere y exige una gran parte de nuestras inquietudes. Hemos de dedicar muchos momentos del día, incluso algunos en que podamos permitirnos la libertad del pensamiento en nuestros trabajos para pensar en Dios, tratando de llenarnos del espíritu divino que nos dará mucha fuerza, mucha vitalidad, mucho optimismo en la vida y energías para seguir la lucha de la existencia con el ánimo dispuesto a afrontarla, con un orden de categorías, dejando en segundo lugar la materia y colocando el espíritu, la eternidad, Dios, en un primer plano de nuestro modo de vivir.

No alteremos ese orden, pues entonces la vida se trastorna, se desquicia y las consecuencias son la desesperación, el malestar, y la infelicidad propia y de cuantos nos rodean.

Por el contrario, la fé y el mantenimiento del espíritu sobre la materia nos dará alegría, optimismo, visión más clara de los problemas humanos, decisión y suerte en la vida, y más resignación y fuerza ante las adversidades que se nos presenten: las manda Dios y El sabe por qué.

Hágase su santa voluntad.

..... y buscando el reino de Dios, las demás cosas se os darán por añadidura.

R.

Jornada intensiva de trabajo a la "americana"

El periódico «A B C», prestigio de la prensa española, con fama internacional, ha planteado un problema a la nación sobre el horario de trabajo, sus ventajas y sus consecuencias.

Es muy conveniente discutir sobre asuntos que creemos no interesan a España, pero bien pudieran interesar.

Vivimos muy cara a los internacionalismos, y ello nos obliga a revisar incluso nuestras costumbres centenarias, para ver de aprovechar experiencias ajenas, audaces, tal vez, pero, tal vez, también, interesantes y prácticas.

¿Conviene a los españoles la jornada intensiva de trabajo de siete horas diarias, comenzando a las ocho de la mañana y terminando a las tres de la tarde?

He ahí el problema que necesita de la opinión de todos.

También las provincias hemos de opinar, y hasta los pueblos que sin ser grandes, tampoco son muy pequeños.

Creemos ver, salvo error de apreciación, algunos inconvenientes.

Primero.—Habría de ser rectificada la hora de adelanto con relación al Sol que nos llevamos los españoles hace tiempo, sin que comprendamos mucho de su necesidad hasta ahora.

Segundo.—Sería preciso la modificación total de horario, para todas las actividades y profesiones. Pues sería incómodo y antifamiliar, no reunirse la familia a comer nada más que los días de fiesta, por la diversidad de horas en los estudios y en los demás trabajos de la misma.

Tercero.—La madre de familia habría de implantar una nueva forma de alimentación. Que en plan de adaptarnos a la América que descubrimos hace siglos, sería por el procedimiento de conservas, latría con nuestros alimentos clásicos envasados y siempre dispuestos a ser servidos previa pasada por el gas o el hornillo eléctrico. Pero entonces me acuerdo de aquellos artículos del Sr. Luca de Tena en su viaje por Norteamérica, con los señores Thompson, publicados en el «A B C». Con que nostalgia recordaba los platos originales de su tierra, al contemplarlos entonces, envasados, preparados hace muchos meses, y servidos con el olor característicos de la monotonía: todos olían al perfume de la Sra. Thompson.

Cuarto.—La jornada, disminuida en hora y media diaria para las Empresas, (pues la media hora habría de ser ocupada en ese refrigerio de las doce para sostener el estómago hasta las tres o hasta las seis según otros), habría de repercutir forzosamente en el rendimiento del trabajador. Y en perjuicio, por tanto, para la producción.

Quinto.—Modificada la alimentación, según los más entendidos, a base de comer fuerte a las siete y media de la mañana, y a las seis de la tarde, en perjuicio del aprovechamiento de la tarde misma, nos veríamos obligados a una modificación tan intensa que abarcaría las costumbres, el régimen alimenticio y hasta la organización estomacal acostumbrada a un horario y unos alimentos. En consecuencia, habríamos de sustituir nuestros estómagos por otros «made in U. S. A., «ad hoc».

Sexto.—Si la jornada de trabajo comenzada a las ocho de la mañana, y terminada a las tres, era para que el trabajador, tuviera otra amplia jornada de trabajo en otro sitio por necesidades económicas, entonces, sería cruel y abusivo. Ya está bien con que se hayan perdido las famosas ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso, ocho horas de sueño; para que ahora se organizase la vida para ampliar la jornada de trabajo más aún. Sería preciso que el jornal o sueldo fuese suficiente para que el descanso desde las tres de la tarde fuera una realidad. En otro caso sería una burla cruel.

Y Séptimo (por ahora).—No creo merezca la pena económicamente por el ahorro de los dos viajes del mediodía, armar todo ese lío, pues el bocadillo de las doce, estoy seguro, costaría bastante más que el ahorro que se perseguía.

Problema complejo el planteado, lleno de dificultades y que implantado automáticamente como medida general sería un trastorno que abarcaría hasta la salud misma, y efectuado en etapas, sería peor, pues desarticularía la vida familiar, ya por desgracia bastante desorganizada.

Si todas estas dificultades se solucionan por algún procedimiento mágico, sería una buena jornada, pensando en el descanso de la tarde.

En las grandes poblaciones habrán de ver el modo de solucionar ese lío que se traen de desplazamientos al mediodía, antieconómicos, molestos, perjudiciales a la organización económica de las empresas; pero en las provincias, vivimos muy tranquilos, sin esos problemas. Preferimos la solución definitiva del problema de la vivienda y de esos salarios base de que tanto hablan y estudian los hombres de ciencias estadísticas. Con eso nos conformamos. Y la paz...

J. M.

FELIPE II

EL «DEMONIO DEL MEDIODIA»

Publicamos este comentario histórico en homenaje a Don Marcelino Menéndez y Pelayo, con motivo del Centenario de su nacimiento.

Si bien se mira, Felipe II, así para los que le llaman el *demonio del mediodía* como para los que quisieran ponerlo en los altares, tiene un sello de grandeza innegable, aunque se le mire sólo como elemento de resistencia, y su huella no se

borrará tan pronto de la historia humana...

La leyenda de Felipe II comenzó en vida suya, y la hizo el odio de los protestantes holandeses. Difundióla Guillermo el Taciturno en un célebre Manifiesto, y ávidamente la cogieron cuantos en Inglaterra, en Francia, en los Países Bajos, en Italia misma, alimentaban odios y rencores contra la Iglesia o contra España.

En España, donde Felipe II fué popularísimo, como identificado con todos los sentimientos y cualidades buenas y malas de la raza, estas invenciones no pudieron penetrar ni hacer fortuna hasta el siglo XVIII. Verdad es que no las acogió ningún historiador serio; pero el arte se apoderó de ellas, y las tornó doblemente perniciosas. Lo que Schiller había hecho en Alemania con su *Don Carlos*, y en Italia, Alfieri con su *Philippo*: fantasear un tirano de tragedia clásica, hombre ceñudo, sombrío y monosilábico, ente de razón, tipo de perversidad moral sin qué ni para qué, y tan impasible y antihumano, que llega uno a compadecerse de él, al oír los improperios que continuamente le dicen sus víctimas: esto hicieron en España los poetas enciclopedistas del siglo pasado, y a su frente Quintana en *El Panteón del Escorial*, donde la falsedad histórica llega a ser repugnante, fea, antiestética, *progresista*, en suma, del peor género posible. En pos de Quintana vino una grey de poetas, novelistas y declamadores, indignos de particular memoria, y la tiranía de Felipe II llegó a ser el lugar común de toda arenga patriótica, el grande argumento de todos los partidos liberales, el *coco* con que se espantaba a los niños y las muchedumbres.

Por fortuna, éstas en el día de hoy son aberraciones dignas de lástima, pero no de ser tomadas en cuenta. La crítica histórica lleva hace años muy diferente camino, y aunque Felipe II no ha encontrado todavía un historiador general digno de él, dado que Prescott dejó muy a los comienzos su obra, las monografías particulares abundan, y van derramando mucha luz, precisamente sobre los puntos más oscuros de su reinado.

Felipe II no fué un santo, ni nadie trata de canonizarle. Como hombre, tuvo pecados y debilidades graves y frecuentes; como gobernante, cometió verdaderos errores, aunque no es suya toda la culpa. Pero ni fué tirano, ni opresor de su pueblo, ni matador de sus libertades, ni tampoco le negará nadie el título de grande hombre. No tuvo cualidades brillantes, de las que atraen y subyugan la general admiración; no fué militar, ni orador, ni artista, y hubo en su carácter algo de seco, árido, prosaico, formalista y oficinesco, que no le hace simpático, aunque tampoco le haga terrible. Pero a su modo, en su línea, en su oficio de Rey, llegó al *sumum* de lo tenaz, laborioso y persistente: héroe de expedientes, y de gabinete, y aun mártir, porque puede decirse que no tuvo una hora de paz y sosiego en su largo reinado. Y para gloria suya debemos añadir que muy pocas veces se dejó llevar por mezquinos intereses o por vil razón de Estado, y que su mente estuvo siempre al servicio de grandes ideas: la unidad de su

pueblo: la lucha contra la Reforma. Hizo la primera con la conquista de Portugal, y contra la segunda mandó a sus gentes a lidiar a todos los campos de batalla de Europa. Si alguna guerra emprendió que no naciese de este principio, fué herencia de Carlos V; herencia funesta, pero que él no podía rechazar. Nuestra decadencia vino porque estábamos solos contra toda Europa, y no hay pueblo que a tal desangrarse resista; pero las grandes empresas históricas no se juzgan por el éxito. Obramos bien como católicos y como españoles: lo demás, ¿qué importa?...

[No es posible dejar de considerar a] Felipe II como protector espléndido de ciencias, letras y artes, poniendo de manifiesto la sinrazón notoria con que se tacha de *opresor ignorante, verdugo del pensamiento*, etc., etc. al gran Monarca que levantó el Escorial, encargó cuadros al Ticiano, estableció en su propio palacio una academia de matemáticas, mandó hacer la estadística y el mapa geodésico de la Península (ejecutado por el maestro Esquivel), costeó la Biblia políglota, hizo traer a toda costa de apartadas regiones códices y libros preciosísimos, favoreció la enseñanza de la filosofía luliana, comisionó a Ambrósio de Morales, para registrar los archivos de iglesias y monasterios, y a Francisco Hernández para estudiar la Fauna y la Flora mejicanas, y alentó los trabajos metalúrgicos de Bernal Pérez de Vargas. Todo esto y mucho más hizo Felipe II, como es de ver en su correspondencia con Arias Montano y en otros documentos; y sin embargo, se le tiene por oscurantista y enemigo del saber. (1).

(1) Prólogo a la obra de D. Valentín Gómez, «Felipe II». (Madrid, 1879, págs. IX a XIII XV y XVI).

Maestro

SONETO

Enséñame, Maestro; tus lecciones son como una semilla que florece en tierra virgen, y que luego crece y se esparce en alegres floraciones.

Enséñame a sentir tus sensaciones, a amar con el cariño que ennoblece, a mendigar limosna que enriquece, a hacer de un corazón cien corazones.

Enséñame a encauzar mis pensamientos, a enderezar mis pasos hacia Tí a vivir como Tú, día tras día.

A sufrir y gozar de tus tormentos... y si por ello muero, aún así quiero aprender Maestro, tu agonía.

Hermenegildo Rodríguez

Comentando

¡SILENCIO!

En Madrid se ha iniciado, con gran aplauso de las gentes, la llamada campaña del silencio. Supongo que los aplausos habrán sido con las puntas de los dedos, ya que el meter ruido para bendecir y aprobar el silencio, más parecería una pita que una felicitación.

Aquí no estamos en Madrid, y con eso ya está todo dicho. Se puede aplaudir a mano batiente, que no hay nada ni nadie que pueda salir perjudicado. Aquí se alborota a todas las horas del día y de la noche. Bien que antes, cuando el tener moto era una cosa exclusiva de cuatro bienaventurados, se hiciese alarde de dicho artefacto, dejando libres todos sus escapes y todos los registros del ruido. Hoy ya no se comprende, pues ya estamos en una época en que no se puede presumir de una cosa tan vulgar como la motocicleta. Hoy, se puede presumir de no tener moto, ya que resulta más elegante.

Por estas calles de Dios, y con los ruidos del diablo, andan los caballeros de las motos molestando a los que tenemos derecho a la tranquilidad y a la comodidad sin tener en cuenta que el trabajo es más importante de lo que ellos se creen, y que durante la noche el sueño es un alimento necesario. Y no se crea que son ellos los únicos que meten ruido. Algunos peatones les hacen coro con sus gritos destemplados, con sus desentonados cánticos, con sus conversaciones inúcuas, la mayor de las veces acompañadas de palabras de mal gusto. Y los únicos que tienen derecho a hacer oír sus voces, en estos casos con-

cretos, son los que se callan y siguen tranquilos su deambular silenciosos por nuestras calles, en su vela nocturna. Por algo se llaman serenos. Antes, al menos se les oía cantar las horas con la españolísima salutación del Ave María. Era cuando todos dormían y descansaban en silencio. Entonces, hablaban ellos. Ahora, se cambiaron los papeles: alborotan, gritan, meten ruido los demás, y ellos se callan. ¡Viva el siglo XXI!

Por mi calle, ví pasar una caravana de motos; unas treinta, o así; que venían en recorrido de propaganda de una casa nacional, Si la coincidencia no hubiese hecho que estuviese asomado a mi balcón, ni me hubiese enterado de su paso por delante de mi casa. Lo que significa, que cuando se quiere, se puede tener moto sin molestar a los demás. Algún amigo pasa también por delante de mis narices, estropeándome los tímpanos, sin preocuparse de que algún día tenía que apuntarles con el dedo para afearlos su conducta. Pues ya lo saben.

Déjenos tranquilos trabajar, que bastante desgracia tenemos, que tenemos que trabajar. Y déjenos tranquilos dormir, que bastante suerte tenemos en que tenemos que disfrutar del sueño.

Y una recomendación para los caballeros del ruido: En varias calles de la localidad hay unas casas que se dedican al lucrativo negocio de los empeños. Lleven su moto a empeñar, que les han de dar unas cuantas pesetas. Y todos contentos.

HERO

"La Versal"

La imprenta que no necesita anunciarse.

Teléfono 23-31

GIJON

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

Materiales de CONSTRUCCION
Planchas ACANALADAS
de CUBRICION
CARBONES
Arbués

Covadonga, 27

Teléfono 1817

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

Almacenes

Arbués

Material de "URTELLITA"

Materiales de Construcción

Planchas, Tuberías, Depósitos

Covadonga, 27 -

Teléfono 1817 -

●▶ Gijón

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)